

La Norma Para el Progreso

Juan 15:1-7.

En esta ocasión voy a exponer la base primordial que hace posible el progreso de la humanidad. Nos ha tocado ser parte de una situación histórica muy diferente a la que experimentaron nuestros padres. Hubo en el pasado una serie de normas sobre las cuales descansaba todo el andamiaje social, político, científico y religioso, que se han ido modificando de tal suerte, que unos han desaparecido, y otros se han desfigurado grandemente. La mayor parte de las personas con quienes hablamos de estos asuntos nos dicen a boca de jarro que hoy vivimos en una era de progreso, y que el progreso no se puede detener.

De acuerdo con el Diccionario de la Real Academia Española progreso es la acción de ir hacia adelante. Además significa aumento, adelantamiento, perfeccionamiento. Las definiciones adolecen, la mayor parte de las veces, de claridad. ¿Qué, en nuestro caso, es ir adelante? ¿Qué sirve de base para el perfeccionamiento que declara?

Para algunas personas, el progreso de nuestra época es evidentísimo. Basta con examinar lo que eramos varias décadas atrás y luego compararnos con el presente. Hoy vamos adelante en el conocimiento. Un niño de sexto grado, si es aprovechado, tiene más conocimientos que Aristóteles, aunque tal niño está muy por debajo de la inteligencia del gran pensador griego. Sería comparar, en cuanto a inteligencia se refiere, una vela, que sería el niño, con el sol, que sería Aristóteles. En los últimos cincuenta años el hombre conoce y sabe más que nuestros antepasados, todos juntos, de los últimos 2,000 años atrás. A esto muchos le llaman progreso, porque ha habido una acción de ir hacia adelante.

Nuestra época es inmensamente rica. Ya no se habla de cientos de miles de pesos, hoy se habla de cientos y de miles de millones de pesos. Se necesitan máquinas electrónicas para formular el presupuesto de la Nación Americana, cosa que hace ridículo el presupuesto de la misma nación cien años atrás. Un solo avión del ejército vale más que el dinero

que usan algunos países en la educación. a este avance económico muchos llaman progreso porque significa aumento de bienes.

Cuando uno compara lo que eran las ciudades, no pocos años atrás, con las ciudades de hoy, uno se queda perplejo.

Anteriormente una ciudad era inmensa si contaba con 100,000 habitantes. Hoy la ciudad de Tokio, la más poblada del mundo tiene 12,535,600 habitantes y le sigue Nueva York con 11,348,141. En esas ciudades hay enormes edificios que jamás soñaron las generaciones pasadas. A esto también se le llama progreso porque se ha adelantado en construcciones, en oficinas, en grandes centros de actividades humanas.

En algo más intangible, se habla de los adelantos en lo educativo. Cuando yo era niño asistí en mis primeros grados a una escuela rural. Salía a pie y tenía que recorrer varios kilómetros para llegar al salón de clase. Los asientos eran unos bancos muy duros e incómodos que ocupábamos siete u ocho alumnos. La merienda era una batata asada

que dejaba escondida en una cueba, y que muchas veces no podía comer, porque un primo mío se adelantaba y se escondía para comérsela. Cuando fui becado para continuar estudios en la Universidad de Columbia, me dieron una habitación cómoda y lujosa; los alimentos muy exquisitos; unos profesores con varios doctorados cada uno. En aquellos momentos yo pensé en lo mucho que había progresado; de ser alumno en una escuela rural, a ser alumno en un centro de primer orden. Este ejemplo se puede multiplicar, quizá en algunos de Uds. que me escuchan en esta noche.

Podríamos continuar en este pensamiento actual, examinando otras esferas del quehacer humano, pero quiero que Uds. sepan lo que para mí es el progreso más significativo, sin negar las posibles virtudes que conllevan los ejemplos anteriormente discutidos.

En una de las más bellas metáforas que registra la Biblia, en Juan 15, Jesús se compara con una vid, y a los creyentes como pámpanos o racimos de la tal vid. Luego dice "porque separados de mí nada

podéis hacer". Juan 15: 5b.

Nuestro amado Señor Jesucristo siempre ha deseado que el hombre busque y establezca fundamentos sólidos y significativos para la existencia. Todo lo transitorio lo descartó cuando eso transitorio se oponía u obstaculizaba la visión de lo eterno. A un joven le dijo indirectamente que el conocimiento de la ley y de los profetas de nada le servirían porque en este caso eso no lo llevaba a las cosas básicas de la vida. Dicho de otra manera, aquel joven se creía muy adelantado porque conocía ciertos principios religiosos. A esto, quizá el joven llamaba progreso. Esa parecida situación ocurre en nuestros medios. Hay muchos que se dejan matar por una doctrina, por creerla superior a otra doctrina, pero no saben vivir las implicaciones de vida profunda que encarna esa doctrina.

Hubo una ocasión en que el Maestro aseguró que era muy difícil un rico salvarse. No dijo que la riqueza era mala, excepto cuando ésta obscurece las dimensiones de anchura, de largura, de profundidad y de altura de las personas. Sigue, pues, que el llamado progreso material es una rémora cuando no produce la vida abundante en

recursos espirituales.

En el tiempo de Jesucristo había una ciudad próspera y esplendorosa, y un edificio religioso; el templo. Nos referimos a Jerusalén. Los judíos estaban orgullosos de ambos. Pero Jesús lloró porque ambos, ciudad y templo, símbolos de progreso, serían destruidos. Aquellas construcciones obliteraban el sentido de lo que deber ser una relación salvadora entre el pecador y su Dios.

El verdadero progreso es aquella situación en que la persona determina todo lo que hace por medio de los valores más altos de su ser, y estos valores se desarrollan mediante un entregamiento a Dios, por medio de Jesucristo. Hagamos un análisis, aunque somero, de esta afirmación.

Una persona responsable selecciona una serie de principios que le serán la brújula para guiarse en la vida. Lo hace para darle expresión a las fuerzas creadoras que laten en su personalidad. Desde luego, no todos los valores tienen la misma fuerza creadora, pues estos se dan a base de una escala.

El cristiano reconoce, que los valores más altos son el resultado de un encuentro entre él y Dios. Por eso, el hombre no mira

a su alrededor para buscar la fuente de sus
valias últimas. Nada le dicen las riquezas,
los enormes edificios, las espaciosa super-
carreteras, la conquista del espacio, en cuanto
al significado último de la existencia. Hay
que saber mirar, para encontrar el sentido
hondo del ser, más allí de esas cosas, que
son útiles, pero que no son salvadoras.
Hay que saber oír cuando Dios llama, máxime
en los tiempos que corren, en que tantas voces
se dirigen a nuestros reclamos, muchas de ellas,
desvastadoras en sus resultados, aunque hala-
gadoras en sus promesas.

¿Cómo es, pues, que Cristo es la norma del
progreso, basándonos en su dicho, que sin
El nada podemos hacer?

En primer término, examinemos las actitudes
de El, frente a las promesas que se le hicieron,
las cuales El rechazara y el por qué de tal
rechazo. Una vez, estaba contemplando a su
tierra nativa de Palestina, en aquella ocasión,
una colonia de los romanos. Jesús pensó que
El poseía recursos para ponerlos al servicio
de un pueblo que pugnaba por su liber-
tad del yugo extranjero. Se le ofreció una

corona de rey, como la de Agripa, o la de Poncio Pilato o la de Herodes. Otra vez se colocó frente al templo, y pensó que podía atraer mucho público dando una exhibición de acrobacia, pues esa era una de las posibles interpretaciones que se le podía dar al Salmo que dice, "a sus ángeles mandará acerca de tí, y en tus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra". Salmo 91:12. Nuestro Salvador poseía la plena convicción que el hombre necesita algo más que triunfos transitorios, algo más que el exhibicionismo o la busca de la fama personal para hacerse de una vida de mayores plenitudes. Recuérdese que Diógenes, viviendo en un barril, y tomando el agua en sus manos, y comiendo pobremente, tiene más significado en la historia del desarrollo del hombre que Alejandro el Grande que habitaba en un palacio, que tomaba en tasa de oro y que su mesa estaba llena de los ricos manjares. Cristo y Alejandro murieron a los 33 años de edad cada uno. Alejandro hizo derramar la sangre de sus soldados para coronarse de fama, aunque la vida de sus valientes se perdiera. Cristo derramó la suya, para que los demás

se salven. Alejandro nació en un palacio real, porque era hijo de un rey; Cristo nació en un pesebre, siendo hijo del Rey de Reyes y el Señor de los Señores. Alejandro murió buscando honores, Cristo fue crucificado buscando a las ovejas perdidas.

La vida está formada de tal manera, que cuando uno se enfrenta a las más hondas realidades de nada vale las conquistas que algunos llaman progreso. Por ejemplo, hay ocasiones que uno daría todo lo que tiene si se resolviera una situación difícil por la que esté pasando. Es entonces cuando funcionan los recursos espirituales, que sólo puede tener aquel que los ha recibido de Dios, si ha conocido a Cristo. La batalla mayor que libró Cristo, fue la de enfrentarse a la cruz, de la cual pudo libertarse. Pero, sin los recursos humanos a su disposición, pues todos se los habían negado, le quedaba el recurso de la confianza, que hay algo más poderoso, que le sostendría en la hora de su mayor decisión.

El problema del hombre moderno es que fundamenta sus avances, su ir adelante, en valores de segunda categoría, como la fuerza mayor, la directriz y la rectora de su vida. Los valores secundarios tienen su lugar en todos los quehaceres de la humanidad, pero jamás pueden substituir el progreso supremo que

resulta de un entregamiento, a Aquel que dijo: "Sin mí nada podéis hacer".

La iglesia cristiana, hoy más que nunca, tiene el deber ineludible de hacer que el hombre comprenda que a la vida hay que darle sentido profundo. Pero, reconociendo, que hay que crear conciencia en los miembros de la humanidad sobre el particular, ella, la iglesia tiene que darse a una tarea de proclamación, no sólo de que el hombre tiene que vivir en altura, sino que también hay los recursos para realizarla. Y en esa tarea tiene que haber la convicción que toda valía que surja del hombre no es ni eficiente ni suficiente, para producir la plenitud de la vida. Las transformaciones de los seres humanos necesitan de una dinámica extra-mundana, cuando esas transformaciones han de producir un viraje total de la humanidad. Y la iglesia, por su origen y por su función cuenta, o es el instrumento del único, sin el cual nada podemos hacer: nuestro Señor Jesucristo. Con Él y mediante Él, seguiremos adelante, aumentaremos nuestro valor, nos perfeccionaremos en sus caminos: Esto es el progreso, que nos hace ser lo que debemos ser, hijos de Dios. Y la iglesia no puede renunciar a esta norma, so pena de traicionar el mandato divino.